

2018: el año que vivimos peligrosamente

KATU ARKONADA :: 26/12/2018

Trump y Bolsonaro son anomalías de un sistema en crisis, donde lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer

Se cierra un 2018 intenso en emociones y hechos políticos. Un año donde en los 2 países económicamente más grandes de América Latina han ganado 2 polos opuestos, que a la vez son dos caras de una misma moneda, tintada de oxímoron: la crisis de la democracia neoliberal, o del neoliberalismo democrático.

La victoria de Andrés Manuel López Obrador en México es una derrota del proyecto neoliberal que nunca pudo desarrollar un modelo de crecimiento basado en la apertura del mercado al capital financiero trasnacional, vía instrumentos como el Tratado de Libre Comercio, la Alianza del Pacífico, o la Reforma Energética fruto del Pacto por México. Un modelo que además necesitó de la doctrina del shock para imponerse, dejando un saldo de más de 200.000 muertos y desaparecidos, y centenares de fosas comunes en una guerra contra las drogas que en realidad solo sirvió para ceder soberanía territorial, dejando amplias zonas del territorio mexicano en manos del narco.

De alguna manera, cuando AMLO enarbola la bandera de la lucha contra la corrupción, la gente humilde, sin necesidad de tanta teoría, ha votado contra un modelo económico, el neoliberal, que ha hecho retroceder a México a los niveles de pobreza y desigualdad de los 90.

La otra cara de esa moneda es la victoria de Bolsonaro en Brasil, que más allá de todos los errores cometidos por el PT y las izquierdas brasileñas, es también fruto de la crisis del mismo sistema, que nunca pudo imponer a su candidato, y derivó en la victoria de un monstruo llamado Bolsonaro. Porque, al igual que en Estados Unidos la candidata de Wall Street y el complejo industrial-militar era Hillary Clinton, y no Trump, en Brasil el candidato de las élites económicas era Alckmin (con un 4% de votación en la primera vuelta) y no Bolsonaro.

De alguna manera Trump y Bolsonaro son anomalías de un sistema en crisis, donde lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer.

Dentro de eso nuevo que no termina de nacer podemos colocar el pase a segunda vuelta y los 8 millones de votos obtenidos por Petro en Colombia. En una Colombia llena de monstruos donde los acuerdos de Paz de La Habana siguen sin cumplirse y cada día desaparecen y asesinan a líderes sociales, pero donde algo está cambiando y cuestionando el sistema político tradicional en el que 34 familias gobernaron y se repartieron la riqueza de Colombia durante siglos.

También podemos colocar como la otra cara de la moneda las elecciones en Costa Rica, ganadas en primera vuelta por un pastor evangélico, Fabricio Alvarado, aunque derrotado en segunda vuelta por otro Alvarado, Carlos, de centro-izquierda. El ascenso del movimiento

evangélico y sus posiciones fundamentalistas de derecha, serán una de las coordenadas importantes para leer algunos escenarios políticos en 2019.

Y si bien 2018 ha sido el año del ascenso del conservadurismo evangélico con un discurso contra la “ideología de género”, tanto en Costa Rica, como en Brasil, también 2018 ha sido el año de la ola verde que se ha visibilizado en Argentina a partir de un feminismo popular, y que, a pesar de no lograr la despenalización del aborto, ha sembrado y politizado el feminismo a lo largo y ancho de Nuestra América, en contraposición al feminismo blanco y burgués impulsado desde el Norte. La ola verde nos empuja a pensar en un mundo, en una sociedad diferente, que ciertamente, será feminista, o no será.

Dos elementos más son fundamentales para entender este momento complejo que vivimos, más allá de lo electoral, y que ha cristalizado en 2018, un año en el que como decía Benedetti, cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, cambiaron todas las preguntas.

Por un lado, la cuestión mediática es fundamental para leer las coordenadas del tablero político en el que jugamos. Los medios hoy se convierten en el principal partido de oposición mediante la construcción de matrices contra líderes y gobiernos de izquierda, gobiernos que además pierden elecciones contra un algoritmo que deconstruye la realidad mientras fabrica al mismo tiempo una paralela. Las armas de destrucción matemática de la realidad van a ser las principales armas de las nuevas batallas electorales que se vienen.

Vivimos en sociedades muy individualizadas donde los vínculos sociales son cada vez más débiles y, como señala el sociólogo Cesar Rendueles, la era de las redes sociales es al mismo tiempo la era de la fragilidad social. La derecha se aprovecha de esa fragilidad, pero lo que no se puede permitir la izquierda es hacer lo mismo, sino todo lo contrario, reconstruir lazos afectivos que generen comunidad y sentido de pertenencia (lo que de alguna manera ofrece hoy la derecha evangélica).

Por eso, junto a la batalla mediática, cobra más relevancia aun si cabe, la batalla cultural que tenemos que dar. Porque la gran victoria del neoliberalismo ni siquiera fue económica (por algo en América Latina se han construido escenarios posneoliberales), fue, sobre todo, cultural.

Ese triunfo cultural, del american way of life y la cultura del shopping, ha tenido como resultado que los millones de personas que los gobiernos progresistas han sacado de la pobreza, se hayan convertido en consumidores con deseo de ascenso social. El horizonte de justicia social para cualquier sociedad debe venir de la mano inexcusablemente de la formación y politización de dicha sociedad. Pueblo y comunidad, sobre ciudadanía e individualidad.

La batalla comunicativa y la batalla cultural serán, por tanto, indispensables para el año que entra, sobre todo pensando en dos citas electorales que serán claves en 2019 para la profundización, o retroceso, del ciclo progresista: las elecciones presidenciales en Argentina y Bolivia.

En octubre de 2019 estará en juego que la derecha, que aún no ha podido generar un

proyecto político, social y económico estable en América Latina, se consolide por medio del liderazgo de Macri, cuestionado hoy en la Argentina, o que vuelva el proyecto nacional-popular de la mano de Cristina, proyecto que necesariamente debe hacer una profunda autocrítica de los errores cometidos en los 12 años de gobiernos kirchneristas.

Al mismo tiempo, y en ese mismo mes de octubre, el proceso de cambio con mayor estabilidad política y económica de la región se juega ratificar el liderazgo de Evo Morales o la vuelta al neoliberalismo, abriendo la posibilidad de que cambios que se creían irreversibles, puedan ser deshechos a grandes velocidades como hemos visto ha sucedido en Argentina y Brasil.

Solo después de estas dos elecciones cruciales para la región, a finales de 2019, podremos evaluar si el ciclo progresista ha entrado irremediablemente en crisis, o de la situación de reflujo se sacan aprendizajes y se toma impulso para una nueva oleada ascendente de las fuerzas progresistas en la región.

La Haine

<https://www.lahaine.org/mundo.php/2018-el-ano-que-vivimos>